

Escuchando a Jesús en medio de tu dolor



NANCY GUTHRIE

autora de *Aferrándose a la Esperanza*



Escuchando a Jesús en medio de tu dolor



NANCY GUTHRIE

autora de *Aferrándose a la Esperanza*



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: TyndaleEspanol.com y BibliaNTV.com.

Visite el sitio web de Nancy Guthrie en NancyGuthrie.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Escuchando a Jesús en medio de tu dolor

© 2023 por Nancy Guthrie. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2009 como *Hearing Jesus Speak into Your Sorrow* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-1-4143-2548-4.

Fotografía de la banca en la portada © por Noah Silliman/Unsplash.com. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean Renninger

Edición en inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Virginia Powell

Edición en español: Ayelén Horwitz para AdrianaPowellTraducciones

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional,® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usada con permiso de Biblica, Inc. Todos los derechos reservados en el mundo.

Las citas bíblicas indicadas con RVA-2015 han sido tomadas de la versión Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

ISBN 978-1-4964-8627-1

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

29 28 27 26 25 24 23
7 6 5 4 3 2 1



DEDICATORIA

Ninguno de nosotros necesita buscar mucho
para encontrar personas amadas que están
sufriendo profundamente,
y yo no soy la excepción.
Dedico con amor este libro
a mis amigos y a mi familia
que viven con el dolor de
la infidelidad, la infertilidad,
el rechazo de la pareja, la rebeldía de los hijos,
la parálisis, el desorden bipolar, el suicidio,
la depresión, la demencia, la discapacidad
en el aprendizaje, la muerte,
el miedo por las finanzas, la pérdida de la
reputación, un matrimonio difícil,
una soltería no deseada, un fracaso vergonzoso,
un conflicto continuado, una persistente soledad.

Sepan que comparto su sufrimiento,
y que estoy junto a ustedes
escuchando a Jesús cuando nos habla.



CONTENIDO

ix Introducción

- 1 **CAPÍTULO 1: Escucha a Jesús diciendo: *Yo también he conocido el dolor insoportable*** (MATEO 26:38)
Jesús comprende el peso aplastante y la soledad atroz del dolor.
- 11 **CAPÍTULO 2: Escucha a Jesús diciendo: *Yo también he oído a Dios decirme que no*** (MATEO 26:39)
Jesús nos muestra qué hacer cuando Dios no nos da lo que deseamos.
- 23 **CAPÍTULO 3: Escucha a Jesús diciendo: *Quiero sanar tu enfermedad más letal*** (MARCOS 1:41)
Jesús sabe qué es lo que más necesitamos.
- 41 **CAPÍTULO 4: Escucha a Jesús diciendo: *Té salvaré de ti mismo*** (MATEO 16:23)
Jesús nos salva de una vida desperdiciada por estar siempre tratando de salirnos con la nuestra.
- 53 **CAPÍTULO 5: Escucha a Jesús diciendo: *Té protegeré*** (MATEO 10:28)
Jesús nos protege del daño eterno.

- 67 **CAPÍTULO 6: Escucha a Jesús diciendo: *Tengo un propósito para tu sufrimiento*** (JUAN 9:3)
Jesús nos da una nueva perspectiva cuando preguntamos: «¿Por qué?».
- 87 **CAPÍTULO 7: Escucha a Jesús diciendo: *Te daré un corazón dispuesto a perdonar*** (MARCOS 11:25)
Jesús nos empodera para que podamos perdonar a quienes no lo merecen.
- 103 **CAPÍTULO 8: Escucha a Jesús diciendo: *Soy suficiente para ti*** (2 CORINTIOS 12:9)
Jesús provee lo que necesitamos cuando lo necesitamos.
- 117 **CAPÍTULO 9: Escucha a Jesús diciendo: *Yo les doy vida a todos los que creen en mí*** (JUAN 11:25-26)
Jesús nos pide que creamos que la muerte no es el final de la vida.
- 129 **CAPÍTULO 10: Escucha a Jesús diciendo: *Yo tengo el control de tu vida y de tu muerte*** (APOCALIPSIS 1:17-18)
Jesús calma nuestro miedo a la muerte.
- 139 **CONCLUSIÓN: Escucha a Jesús diciendo: *Yo te daré descanso*** (MATEO 11:28)
Jesús nos extiende los brazos.
- 143 *Guía para la discusión*
- 155 *Acerca de la autora*
- 157 *Reconocimientos*



*Así que presten atención a cómo oyen. A los que escuchan
mis enseñanzas se les dará más entendimiento.*

—JESÚS (LUCAS 8:18)



INTRODUCCIÓN

Se acerca un cumpleaños significativo en mi familia, y me hallo pensando en eso a menudo. Cuando lo hago, siento que se me forma un nudo en la garganta y comienzan a brotarme las lágrimas.

Pronto llegará el día, en que nuestra hija, Hope, cumpliría diez años. De alguna manera diez parece significativo, más que nueve u ocho y algunos de los otros números que han pasado sin mucho reconocimiento.

La vida de nuestra hija estuvo marcada por días más que por años: vivió 199 días. En otras palabras, mucho menos que los suficientes según mi cálculo. Y cuando trato de imaginar lo que hubiera sido su décimo cumpleaños, también estoy anticipando el día que llega 199 días después, el día que marcará una década desde la última vez que la sostuve y la vi: se siente como un abismo que no deja de crecer a medida que los años me alejan de ella, aunque me acerquen a ella.

Sinceramente, no había conocido mucho dolor en mi vida antes de que Hope me lo presentara. Y se podría pensar que, al amarla y perderla, tanto mi esposo David, mi hijo Matt y yo, habíamos recibido nuestra dosis completa. Pero solo dos años y

medio después, enterramos a su hermano Gabriel, que nació con el mismo desorden metabólico fatal que su hermana y vivió apenas 183 días.

No recuerdo los detalles de lo que dijo nuestro pastor cuando nos paramos junto a la tumba donde Hope y Gabe están enterrados lado a lado, pero recuerdo que lo que dijo en realidad me llegó. En el servicio junto a la tumba de Hope, dijo algo como: «Este es el momento en el que nos preguntamos: “¿El evangelio es en realidad verdad?”». Mientras él hablaba, hubo un profundo *Sí* en mi interior porque había estado pensando mucho en esta pregunta a lo largo de los meses que llevaron a ese día tan difícil. Y recuerdo un pasaje en particular que leyó y que me dio alivio escuchar porque era un eco de mi desesperación y mi descubrimiento.

Está en Juan 6, donde Juan registra que muchos de los seguidores de Jesús se habían alejado y lo habían abandonado porque algunas de sus enseñanzas eran demasiado difíciles de aceptar. Estaban ofendidos por lo que Jesús decía, de manera que sencillamente lo dejaron y se fueron. Jesús no había cumplido sus expectativas inmediatas y parecía esperar de ellos más de lo que ellos estaban dispuestos a dar. Estaban mucho más interesados en lo que podían obtener de Jesús que en Jesús mismo. Y cuando Jesús dejó en claro que lo que quería ofrecerles era más de él mismo, sencillamente, perdieron interés. En ese momento, mientras la multitud que lo había estado siguiendo comenzaba a disolverse, Jesús se volteó hacia sus doce discípulos y les preguntó: «¿Ustedes también van a marcharse?».

Intento imaginar el drama y la emoción de ese momento cuando Jesús expresó en voz alta lo que probablemente todos

estaban pensando, cuando llamó a los más cercanos a él a tomar una decisión. Simón Pedro habló por todo el grupo, y le dijo a Jesús: «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes las palabras que dan vida eterna» (versículo 68).

A medida que mi pastor leía las Escrituras, pude identificarme con aquellos en la historia a los que les costó entender y aceptar algunas de las palabras de Jesús y, sencillamente, lo abandonaron. A lo mejor tú también puedes identificarte, por haber luchado para conciliar tu propia realidad difícil con tu comprensión de lo que leíste en la Biblia y tus expectativas de cómo se preocupa Dios por aquellos que ama.

La pregunta de Jesús quedó en el aire, no solo en aquel escenario antiguo, sino también entre él y yo. «¿Ustedes también van a marcharse?». Escuché a Jesús hablándome a mí, llamándome al compromiso de confiar en él en medio de esa pena desgarradora.

Y percibí la desesperación casi resignada en la respuesta de Pedro a Jesús cuando dijo, en esencia: «¿A dónde iríamos? ¿A quién más recurriríamos? Eres el único a quien podemos ir porque tienes el poder de dar vida con solo hablar». Recuerdo haber pensado que mi única esperanza de volver a ver a Hope alguna vez era lo que el evangelio nos dice sobre cómo encontrar la vida que va más allá de la tumba. No tener esa esperanza a la que aferrarme hubiera sido un sufrimiento insoportable.

También sabía que Jesús era mi única esperanza de regresarme a la vida porque sentía que la vida se me estaba extinguiendo de tanto dolor.

En tiempos de sufrimiento y desilusión, todo lo que creemos puede ser puesto en duda ¿verdad? Sin embargo, si nos alejamos

de Dios, en realidad no hay otro lugar a donde ir en búsqueda de sentido y de paz. Cualquier lugar fuera de él es irremediablemente oscuro y vacío.

No sé qué ha producido sufrimiento en tu vida. A lo mejor tú también has estado junto a una tumba para decir adiós. O tal vez has debido enterrar tus sueños de un futuro con alguien amado o tus planes de hacer algo que has anhelado hacer. A lo mejor las circunstancias te han obligado a abandonar un puesto de trabajo para el que pensabas estar hecho o a aceptar un problema financiero atemorizador o una condición médica dolorosa. A lo mejor estás viviendo con una tristeza permanente por un hijo o hija que se ha alejado de ti o de la fe. Tal vez vives arrepentido por el pesar que te han traído a tu vida tus propias malas decisiones o, a lo mejor, vives con resentimiento por algo que otra persona te ha hecho. Cualquiera sea la fuente de tu tristeza, me pregunto si estarías dispuesto a pasar algunas horas en quietud escuchando conmigo lo que Jesús te dice.

El que tiene oídos para oír, que escuche y entienda

Durante los últimos diez años he descubierto que Jesús tiene algunas cosas significativas que decirnos a los que estamos sufriendo. Pero incluso mientras escribo esto, tengo miedo de que se me malinterprete. Tengo miedo de que se piense que voy a repasar las palabras que Jesús dijo en los evangelios y escoger solo las partes que suenan tranquilizadoras o consoladoras para nuestros oídos modernos. No es así. Quiero escuchar todo lo que Jesús tiene que decirme, y creo que tú también. Así como quiero abrazar su promesa esperanzadora de «Voy a prepararles un lugar»

(Juan 14:2, NVI), también quiero aceptar su promesa de «Aquí en el mundo tendrán muchas pruebas y tristezas; pero anímense, porque yo he vencido al mundo» (Juan 16:33), la cual es más difícil de escuchar. Y así como quiero obedecer su mandato de «Confíen en Dios y confíen también en mí» (Juan 14:1), también quiero abrazar su llamado a «Ama[r] al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mateo 22:37), el cual a menudo me resulta un desafío.

Queremos el cuadro completo y una comprensión más profunda que nos dé claridad además de consuelo. Queremos recibir la corrección necesaria y responder con arrepentimiento a una convicción incómoda. Solo la verdad completa puede lograr eso. Queremos escuchar lo que está diciendo Jesús, que trae una esperanza sólida a la que aferrarnos, incluso —y a lo mejor especialmente— en lo que es difícil de entender o simplemente difícil de escuchar en lo que dice Jesús.

Cuando te digo que vamos a escuchar atentamente las palabras de Jesús, también temo que pienses que estoy sugiriendo que las palabras y enseñanzas de Jesús tienen más autoridad o importancia que otras partes de la Biblia. Quiero que quede en claro que eso no es lo que estoy diciendo. Sabemos que toda la Escritura es «inspirada por Dios» (2 Timoteo 3:16, NVI) y que el mismo Jesús les dio a toda las Escrituras la misma y final autoridad (Mateo 5:17-18; Lucas 16:17; Juan 10:35) como la Palabra de Dios mismo. Jesús a menudo les respondía a sus detractores diciendo: «¿No han leído en las Escrituras?» o bien «Las Escrituras dicen», lo cual dejaba en claro que consideraba a las Escrituras como la autoridad final.

Aquellos que nos hallamos en un momento de profunda

tristeza y dolor podemos encontrar un consuelo y una claridad únicas en las palabras de Jesús, que en el pasado hemos leído por encima, palabras con las que estamos tan familiarizados que tienen poco significado para nosotros. Necesitamos ir debajo de la superficie en busca de las verdades más profundas que Jesús nos está diciendo y de sus consecuencias. Reconocemos que podemos haber estado escuchándolo hablar a través de cierto filtro que ha retorcido, aplicado mal o distorsionado completamente lo que Jesús dijo en su vida y su ministerio, y queremos estar abiertos a que nuestra perspectiva sea completamente remodelada.

Eso es lo que haremos en este libro. Procuraremos tener oídos que escuchen de manera renovada once afirmaciones que hizo Jesús. Francamente, he escogido muchas de esas afirmaciones porque han sido las más desafiantes para mí a la hora de comprenderlas y aplicarlas a mis propias experiencias. Son las que me han llevado a decir: «Simplemente no lo capto» a medida que las leía e intentaba adaptarlas a mi comprensión establecida de la naturaleza y el propósito del ministerio de Jesús. Quiero compartirlas contigo porque vez tras vez descubro que los pasajes de las Escrituras que parecen indiscernibles superficialmente para mí, tienen algunas de las verdades más ricas, que cambian la vida, dan otra perspectiva y brindan esperanza.

Supongo que este libro en realidad es la culminación de mi búsqueda de una comprensión más profunda, la cual ha venido con la perspectiva que dan los años y con más estudio de las Escrituras desde que escribí mi primer libro *Aferrándose a la Esperanza*. Ese libro fue escrito en medio de circunstancias increíbles —mientras estaba embarazada de nuestro hijo Gabriel— y publicado seis

meses después de su muerte. Ahora, al escribir después de muchos años de andar en el camino de este viaje de dolor, mi forma de pensar no ha cambiado; sin embargo, espero que se haya profundizado y desarrollado. Sigo aferrada a la esperanza, pero con más firmeza y con una comprensión más clara de la naturaleza de esa esperanza.

Palabras de verdadero consuelo

Jesús dijo que debíamos escuchar atentamente sus palabras. «Presten mucha atención a lo que oyen» dijo. «Cuanto más atentamente escuchen, tanto más entendimiento les será dado, y se les dará aún más. A los que escuchan mis enseñanzas se les dará más entendimiento, pero a los que no escuchan, se les quitará aun lo poco que entiendan» (Marcos 4:24-25).

De manera que debo preguntarte, ¿estás dispuesto a escuchar atentamente a Jesús para que él te dé más entendimiento? ¿Abrirás tu corazón y tu mente para escucharlo hablar en medio de tu dolor? Las palabras escritas en las páginas de tu Biblia no son solo diálogos religiosos distantes que no interactúan con tu difícil realidad. Son el mensaje personal de Dios para ti.

Las palabras de Jesús son muy diferentes a las nuestras. Hay vida, hay poder y hay autoridad en cada una de sus palabras. Las palabras de Jesús infunden vida a la muerte, esperanza a la desesperación, verdad al engaño, sentido al sinsentido, paz al pánico. De sus labios recibimos bendición, compasión, compañerismo y mucho más.

Puedes haber descubierto que la mayoría de las personas que te rodean sencillamente no saben qué decirte sobre tu lucha y tu dolor. Pero puedo asegurarte que Jesús sabe perfectamente qué

decirles a las personas que tienen el corazón quebrantado. Sabe exactamente lo que necesitamos escuchar porque nos conoce más de lo que nos conocemos nosotros mismos. Y Jesús comprende la medida de nuestro dolor porque él mismo ha sondeado las profundidades del sufrimiento y el dolor. Experimentó el sufrimiento que produce la muerte de alguien muy amado (Mateo 14:12-13; Juan 11:35-36) y el dolor de saber que sus seres queridos tienen el corazón endurecido hacia Dios (Lucas 19:41). Sufrió el rechazo y el ridículo por parte de su propia familia (Juan 7:5), la falta de vivienda (Mateo 8:20), la tentación (Mateo 4:1-11) y, por supuesto, la cruel agonía de la crucifixión. Jesús tiene los recursos de la compasión y la sabiduría que nadie más tiene. Es a él a quien debemos escuchar cuando la vida en este mundo ha roto nuestro corazón.

Afortunadamente Jesús quiere hablarnos en nuestro dolor. No lo intimidan la incomodidad ni las preguntas difíciles. Se interesa por las personas que tienen el corazón quebrantado. Sabe que no estamos interesados en respuestas trilladas ni en las frases hechas de la cortesía, el sentimentalismo o la religiosidad. Sabe que tenemos una necesidad desesperante de la vida y la esperanza que provienen de la verdad.

De manera que dispongámonos a escuchar lo que Jesús tiene que decir, desde su propia agonía a la nuestra.



CAPÍTULO 1

ESCUCHA A JESÚS DICRIENDO: *Yo también he conocido el dolor insoportable*

«Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo». MATEO 26:38

Jesús comprende el peso aplastante
y la soledad atroz del dolor.

He oído a Jesús hablándome desde que tengo memoria.

Cuando era pequeña y crecía en la iglesia, escuché a Jesús, el pastor de la oveja perdida, llamándome al rebaño. Recuerdo estar sentada en la oficina del pastor y que él me preguntara si entendía lo que significaba estar perdida. Me figuraba a mí misma perdida en el bosque o en un centro comercial. Probablemente eso no era exactamente lo que él tenía en mente.

Pero llegó el día en el cual sí comprendí, al menos en la medida que un niño puede comprender, porque todavía ahora me pregunto si en realidad comprendo lo perdida que estaba cuando Jesús me encontró y me dio la fe para confiar en él. Escuché su voz claramente, llamándome hacia él, a la seguridad y a la alegría de su

redil. Escuchar su voz me permitió decir: «El SEÑOR es mi pastor» (Salmo 23:1). Al hablarme dio vida a una niña de ocho años espiritualmente muerta y volví a vivir para Jesús, el Salvador de mi alma.

Pero como muchos niños que crecieron en la iglesia y toman tempranamente «la decisión de seguir a Jesús», llegué a un punto crítico en la adolescencia. Sabía que tenía que decidir si iba a someterme a la autoridad de Jesús en mi vida, no solo los domingos, sino toda la semana, y a lo largo de mi vida. Escuché que Jesús me decía que ser el Salvador de mi alma significaba ser el Rey de mi corazón. ¡Ay! Cuánto anhelaba ponerlo a cargo, pero a menudo dudaba de que pudiera confiar en él.

Cuando partí a la universidad para comenzar mi carrera, Jesús, la Fuente de la verdad, comenzó a modelar mi pensamiento, a desafiar mis suposiciones, a inquietar mi conciencia y a exponer mis creencias falsas. Pero rara vez me encendía el corazón o despertaba mi pasión. Me sentía seca y desilusionada, muy ocupada en cosas para él, pero a menudo muy lejos de él. Hubo momentos en que no sabía cómo reiniciar la conversación, y no estaba segura de que él tuviera interés en escucharme o de si yo sabría cómo reconocer su voz.

Fue entonces, con un sentido de desesperación, que me comprometí a escucharlo leyendo y estudiando su Palabra día tras día. Jesús, la Palabra de vida, irrumpió en mi actividad religiosa y conocimiento bíblico acumulado y comenzó a hacerme ver mis errores y a cambiarme. Me enamoré de escuchar su voz por medio de su Palabra y desarrollé un apetito insaciable de ella, a tal punto que a menudo me preguntaba si él me estaba preparando para algo.

Y entonces lo descubrí. Llegó el día en que necesité escuchar

la voz de Jesús de una manera que nunca antes lo había hecho. Al enfrentar la agonía de perder a mi hija, necesitaba saber que él entendía el profundo dolor en el que estaba sumida. Allí fue cuando escuché a Jesús hablándome como el Hombre de dolores, como alguien que ha sufrido, como alguien que sabe lo que se siente estar aplastado por el dolor al punto tal que te exprime la vida.

Muchas de las otras maneras en las que había oído a Jesús hablándome —como el pastor de la oveja perdida, el Salvador de mi alma, el Rey de mi corazón, la Fuente de la verdad y la Palabra de vida— tenían que ver con escuchar lo que Jesús podía hacer para ayudarme. Pero en ese momento difícil de dolor, escuchar a Jesús tenía menos que ver con lo que él podía hacer por mí y más con la camaradería que él podía compartir conmigo. Las palabras de Jesús me decían que era seguro pasar tiempo con él en mi tristeza.

Comprendí que mi dolor me daba la oportunidad de conocerlo en una profundidad que antes no había experimentado, de una manera en la que no lo hubiera podido conocer si no hubiera pasado yo misma por ese profundo dolor.

Escuchar a Jesús, el Hombre de dolores hablándome, me reveló algo sobre su carácter, su experiencia, su conducta. Me reveló algo sobre su corazón.

Allí fue cuando escuché a Jesús hablándome como el Hombre de dolores, como alguien que ha sufrido, como alguien que sabe lo que se siente estar aplastado por el dolor al punto tal que te exprime la vida.

Jesús tiene un corazón que ha sido roto.

Jesús, el Hombre de dolores, se acerca a quienes estamos sufriendo y nos habla como alguien cuyo corazón también ha sido roto y nos llama a ir a él.

Escuchemos a Jesús expresar su propia tristeza profunda

Un par de años después de la muerte de mi hija, Hope, en los días que esperaba el nacimiento de mi hijo Gabriel, leí estas palabras de Jesús, expresadas en el jardín del Getsemaní la noche en que fue arrestado.

Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: «Siéntense aquí mientras voy más allá a orar». Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse triste y angustiado. «Es tal la angustia que me invade, que me siento morir —les dijo—. Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo».

MATEO 26:36-38, NVI

Ese día en abril del 2001 escribí una nota en mi Biblia: «Jesús entiende lo que se siente al estar abrumado por el dolor». Qué alivio fue saber que Jesús entiende lo que significa sentir que el dolor le está quitando a uno la vida. Jesús entiende el nudo en la garganta, la angustia en el pecho, el malestar en el estómago.

Su angustia era tan intensa que tuvo una reacción física. Lucas escribe que estaba en tal agonía de espíritu que su sudor caía a tierra como «grandes gotas de sangre» (Lucas 22:44). Su agonía era tan intensa que la sangre presionó los capilares y terminó por

romperlos, tiñendo la transpiración y agrandando las gotas que caían a la tierra.

A veces, en la desesperación que nos causa un profundo dolor, comenzamos a sentir que nadie entre quienes nos rodean ha sufrido como estamos sufriendo, que «nadie comprende» en realidad lo difícil que resulta hacer hasta las tareas más pequeñas esos días.

Pero Jesús sí comprende. Jesús no es una deidad distante que no sabe nada sobre el dolor de la desilusión y de la muerte. Lo sabe de primera mano. Él entiende. Hebreos 2:18 dice: «Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados» (NVI).

Escucha las palabras de Jesús: «Es tal la angustia que me invade, que me siento morir» y deja que te acerque a él.

¿Alguna vez has anhelado estar más cerca de Jesús? Sé que no hubieras elegido este camino para llegar a eso. Quisiéramos estar cerca de Jesús con una oración, asistiendo a un estudio bíblico, leyendo un libro o de alguna otra manera conveniente y controlable. Pero la verdad es que solo a través de nuestro propio dolor podemos acercarnos al Hombre de dolores.

Es en nuestro sufrimiento que en realidad podemos comenzar a identificarnos con el suyo. Finalmente podemos experimentar una pequeña muestra de lo que Jesús estuvo dispuesto a soportar por amor a nosotros. Este es el conocimiento profundo que la mayoría de nosotros expresamos desear, aunque nunca imaginamos que nos costaría tanto.

Es el tipo de conocimiento que Pablo quería cuando dijo: «Quiero conocer a Cristo y experimentar el gran poder que lo

*Ha estado allí antes
que nosotros y que tiene
cosas sobre sí mismo
para revelarnos en ese
momento difícil, cosas
que no hubiéramos
estado preparados para
escuchar y aprender sin
el sufrimiento.*

levantó de los muertos. ¡Quiero sufrir con él y participar de su muerte, para poder experimentar, de una u otra manera, la resurrección de los muertos!» (Filipenses 3:10-11). Pablo reconoció que todos sus sufrimientos —ser encarcelado, apedreado, amenazado, rechazado, criticado, tener que naufragar, pasar frío y hambre— le permitieron experimentar una relación especial con Jesús. Le dieron acceso a una camaradería sagrada, la camaradería de las personas que han compartido el sufrimiento de Jesús.

Cuando escuchamos a Jesús hablarle a nuestro dolor, escuchamos su confirmación de que ha estado allí antes que nosotros y que tiene cosas sobre sí mismo para revelarnos en ese momento difícil, cosas que no hubiéramos estado preparados para escuchar y aprender sin el sufrimiento. Escuchamos su promesa de realizar con nosotros ese difícil viaje, proveyendo compañerismo y compasión.

Escucha a Jesús expresar su dolorosa soledad

Cuando escuchamos con atención las palabras que pronunció Jesús en agonía en el huerto, descubrimos que Jesús no solo se relaciona con el dolor de nuestro sufrimiento. También entiende la soledad de ese momento. Sabe lo que es estar en el punto más álgido de la soledad. Sabe lo que se siente estar en el momento más crítico de

la vida y descubrir que algunos de los que pensabas que estarían allí contigo no lo están.

Ahí estaba Jesús, inclinado sobre la tierra, orando y pidiéndole a Dios que le evitara ese castigo abrumador por el pecado que estaba a punto de caer sobre él. Jesús, que jamás había cometido un pecado, estaba a punto de *hacerse* pecado.

Incluso cuando desde la fundación del mundo su plan había sido entregarse en sacrificio por el pecado, Jesús estaba ahora frente al precipicio, mirando la cavernosa oscuridad de la muerte misma. Y estaba solo. Desesperadamente solo.

Agotado por la intensidad de su clamor a Dios, descubrió que sus amigos más cercanos no estaban orando, como les había pedido, sino durmiendo, al parecer ajenos a la batalla que se libraba en su cuerpo y en su alma.

Escucha atentamente lo que dice Jesús. Intenta escuchar el tono de su voz:

¿No pudieron velar conmigo ni siquiera una hora?

MATEO 26:40

¿Oyes la humanidad de su voz? ¿La soledad?

Además de la traición por la que sufría Jesús, la humillación que anticipaba y el agotamiento físico por el que estaba pasando, Jesús estaba experimentando la soledad de tener amigos que no estaban con él cuando más los necesitaba.

¿Hubo amigos que pensaste que estarían ahí cuando las cosas se pusieran difíciles? ¿Y has descubierto que algunos de esos amigos han desaparecido? Ellos no lo ven. No pueden manejarlo. Quieren que lo superes rápido.

Encuentra consuelo en la compañía de aquel que comprende lo que significa estar totalmente solo. «Fue despreciado y rechazado: hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo. Nosotros le dimos la espalda y desviamos la mirada; fue despreciado, y no nos importó» (Isaías 53:3).

Cuando sientas que nadie te comprende, escucha las palabras de Jesús y encuentra consuelo. Él también ha pasado por eso.

Cuando sientas que todo el mundo te ha abandonado y a nadie le importa la angustia de tu alma, escucha las palabras de Jesús y halla compañerismo. Escúchalo llamándote a una relación con él más profunda y real de la que jamás hayas tenido.

Él también ha estado agobiado por el sufrimiento. Te encontrará en este momento de dolor y te hablará, haciéndote saber que nunca estarás solo.

ESCUCHA HABLAR A JESÚS

Recordándote que está contigo



SÉ QUE ESTA SITUACIÓN que estás atravesando puede hacer que te preguntes si Dios, nuestro Padre, te ha abandonado, si te ha dejado solo. Pero puedes estar seguro de que jamás te dejará ni te abandonará. Cualquier cosa que pueda interponerse entre tú y el Padre fue puesto sobre mí cuando pendí de la cruz. Fue en ese momento que Dios me dio la espalda, pero solo para que nunca tuviera que dártela a ti. Me abandonó ese día para poder abrirte los brazos a ti para siempre. Y nunca te abandonará.

Aunque a lo mejor a veces te *sientas* solo, tus sentimientos son solo una parte de la historia. No estás solo. Yo siempre estoy contigo, en toda situación y en todo momento. En tus experiencias más sombrías y adversas, estoy ahí a tu lado. Cuando todos los demás se alejan, yo sigo contigo. No debes tener temor.

Mi Espíritu Santo está en ti y contigo. Es quien te ayuda a escuchar mi voz y a entenderla. Es el Consejero, que te muestra lo que es verdadero y lo que es falso, para que puedas abrazar la verdad de quién soy y de lo que te ofrezco. Es el Defensor que transforma las palabras de la Biblia en algo poderoso y personal que puede penetrar tu alma y cambiar tu corazón. Es el Consolador que calma tus pensamientos afligidos y con susurros te habla de mi amor.

Cada vez que te sientas solo, recuerda que vine para vivir junto ti, estoy aquí contigo, incluso ahora, y nunca te dejaré.

Adaptado de Marcos 6:50, 15:33-34; Mateo 28:20; Juan 1:14; 14:16-26; 16:13-15

